

Una bomba de misantropía

Manfred Svensson



Una gran cantidad de voces se alzaron la semana pasada por la partida de Jürgen Habermas: el último socialdemócrata, el último filósofo del consenso. No era, sin embargo, la partida más significativa si se trata de comprender nuestra época. El día antes de que muriera Habermas, partía de este mundo el demógrafo Paul Ehrlich.

En 1968, con su libro “La bomba poblacional”, activó el pánico que por décadas regiría en esa materia: teníamos un problema de sobrepoblación, no habría espacio ni alimento para todos, había que tomar medidas inmediatas y radicales.

Cinco décadas más tarde, la situación es muy distinta. No es solo que Ehrlich errara sobre la capacidad de alimentar la futura población, y cuestiones así —en las que erró todo lo que se puede errar—, sino que hoy enfrentamos exactamente el problema contrario al sugerido por él: una descomunal crisis de natalidad, de la que

nuestro país es ejemplo prominente.

El problema es severo, y tras décadas de pánico antinatalista a muchos les cuesta siquiera dimensionarlo. Puede haber un puñado de personas conscientes de los desafíos del colapso demográfico —que distan de ser solo económicos—, pero la mayoría se encoge de hombros. Les parece más fácil soste-

ner un hogar con menos bocas, e imaginan que esa lógica puede llevarse también a otra escala. No es solo que hayamos dejado de tener hijos; de paso perdimos también la capacidad para pensar al respecto. ¿Qué clase de escritor, académico, divulgador, contribuyó a empujarnos por esa senda? Ehrlich fue un misántropo de tomo y lomo: cada uno de los problemas que lo atribulaban, desde el hambre hasta la contaminación, encontraban su solución en nuestra inexistencia.

Tampoco se quedaba atrás a la hora de dar consejos sobre cómo conducir la “batalla cultural” en estos asuntos: si te-

nía la osadía de retratar una familia numerosa, la televisión tenía el deber inequívoco de ponerlos bajo luz negativa. ¿Y medidas coercitivas para evitar la reproducción en los países más pobres? “Puede ser”, escribe Ehrlich, “pero coerción por una causa buena”.

Todo esto es bien conocido e, insisto, lo convierte en un intelectual segura-

mente más influyente que Habermas, por mucho que este lo preceda en nobleza. La gran pregunta que todo esto levanta, sin embargo, es respecto de la responsabilidad intelectual. El obitua-

rio del New York Times para Ehrlich decía que sus predicciones habían sido “prematuras”. La verdad es que habían sido rotundamente equivocadas.

También en eso Ehrlich representa un tipo de intelectual bien conocido: el que no cree nunca tener que dar explicaciones. Y como muestra el mencionado obituario, siempre hay un ecosistema dispuesto a ayudar en la evasión.

“Ehrlich representa un tipo de intelectual bien conocido: el que no cree nunca tener que dar explicaciones”.

El factor humano

Ximena Jara M.

Directora de Factor Crítico



“Nosotros primero vamos a cuidar a los chilenos, y a los chilenos más vulnerables. Pero vamos a tomar decisiones difíciles, con transparencia, y no vamos a retroceder”, dijo en una entrevista el Presidente José Antonio Kast. Agrega que él ya salió de la confrontación y que, como Eduardo Gatti, quiere paz, porque lo importante es la emergencia: como la situación es peor de lo que él imaginaba, habrá que hacer sacrificios y necesitamos de todos, sin excepción, para enderezar el rumbo. Una verdadera reconstrucción nacional, con unidad.

A esto se agrega la situación económica internacional, que nos obligará a afrontar grandes costos, pero todos juntos. “Lo que más nos importa son las personas, el factor humano”, aclaró, por si alguien dudaba.

La última vez que Chile fue víctima de una “reconstrucción nacional”, las elites empresariales prosperaron más que nunca y el sistema bancario obtuvo un salvataje histórico, mientras las personas fueron erradicadas, cambiadas a un sistema

de AFP que sigue sin cumplir la promesa de pensiones decentes, liberadas a su capacidad de pago en educación y salud y promovidas en el empleo con programas como el PEM y el POJH. La crisis económica de comienzos de los 80 demostró que el cinturón que había que ajustar era solo para las clases medias y los más pobres.

Medio siglo después, el gobierno de Kast diagnóstica, de espaldas a los datos, que Chile está en el suelo. No lo está, pero la crisis del petróleo que se avizora sí podría dejar en el suelo a la gente. ¿Es, entonces, el mejor momento para extremar la desprotección y, paralelamente, promover y cuidar a los que no necesitan ninguna protección? ¿Dónde queda el “factor humano”?

¿Es el momento para bajar el Mepco, detonando una cadena de alzas en productos y servicios? ¿Es el momento de bajar en un 3% el financiamiento de ministerios cuyo quehacer repercute directamente en los beneficios que reciben las personas, como Trabajo, Desarrollo Social, Salud o Educación? ¿Es, la previa

de una crisis económica mundial, el momento de disminuir las becas de alimentación para estudiantes, los subsidios para vivienda y los funcionarios en los hospitales?

Y si no hay plata, si cada actor tiene que dar hasta que duela, como el Gobierno quiere exigir a las grandes mayo-

rías, ¿es el momento para bajar los impuestos de las empresas, disminuyendo la recaudación en cerca de 1.800 millones de dólares? ¿Es esta hora del sacrificio colectivo, de la grandeza y el patriotismo el momento de disminuir el impuesto a las herencias, de subir el sueldo de los asesores políticos?

Las medidas anunciadas estos primeros días, y las declaraciones del Presidente y sus colaboradores, demuestran que la emergencia puede ser ese mito peligroso que se inflige a un país para apretar algunos cinturones, los de la mayoría, mientras se sueltan otros. La reconstrucción nacional está siendo cargada una vez más, era que no, a la cuenta del factor humano.

“La emergencia puede ser ese mito peligroso para apretar algunos cinturones, los de la mayoría, mientras se sueltan otros”.

Juan L. Ortiz
Castillo

Economista senior
OCEC-UDP



El Mepco y el desafío fiscal

El conflicto en Medio Oriente tiene implicaciones globales a través del alza del precio de los bienes energéticos. El precio del petróleo Brent se ubica en torno a los USD 100 el barril, mientras se observa un alza fuerte en el precio del gas natural, producto del recrudescimiento del conflicto. Este shock de oferta impacta directamente a economías importadoras como Chile: deteriora los términos de intercambio, presiona al alza el tipo de cambio y encarece los costos de importación, en un contexto de alta volatilidad e incertidumbre.

En este complejo escenario, Chile cuenta con mecanismos de mitigación como el Mecanismo de Estabilización de Precios de los Combustibles (Mepco), diseñado para suavizar las fluctuaciones de precios hacia consumidores y productores. Sin embargo, en las últimas semanas el sistema ha estado fuertemente tensionado, con un costo fiscal superior a USD 140 millones, y con perspectivas de que este gasto continúe aumentando en el corto plazo. El problema es que esta presión se produce en un contexto de estrechez fiscal. Por ello, el Ejecutivo ha planteado ajustes en la operación del Mepco para contener su costo inmediato. No obstante, cualquier cambio debe resguardar su objetivo central: amortiguar variaciones abruptas en los precios de los combustibles. Además, es importante recordar que el mecanismo no implica subsidios permanentes. De hecho, entre 2014 y 2025 —con la excepción de 2022— generó ingresos fiscales netos. Aun así, episodios extra-ordinarios, como la crisis energética derivada de la guerra en Europa del Este, obligaron a desplegar subsidios por más de USD 2.000 millones en un solo año.

Por lo mismo, la discusión no debiera limitarse al costo fiscal de corto plazo. También es necesario revisar la estructura del impuesto a los combustibles, particularmente la asimetría entre gasolina y diésel, que introduce distorsiones relevantes. Asimismo, el esquema de reintegro para el transporte de carga merece una revisión más amplia, dado que implica una menor carga tributaria relativa respecto de otros sectores. Abordar estas distorsiones permitiría avanzar hacia un sistema más coherente, eficiente y alineado con los desafíos fiscales y ambientales del país.